

Nunca subestimes el valor de una mujer traicionada.
En sus sueños, forjará su destino.



LA
MODISTA
DE DOVER
STREET

MARY CHAMBERLAIN

MARY CHAMBERLAIN

LA MODISTA
DE DOVER STREET

Traducción de
M.^a José Díez Pérez

 Planeta Internacional

Título original: *The Dressmaker of Dachau*

© Ms Ark Ltd f/s/o Mary Chamberlain, 2015

© por la traducción, M^a José Díez Pérez, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15244-6

Depósito legal: B. 2.987-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ada se miró en el espejo roto que había apoyado en el aparador de la cocina. La boca abierta, la lengua inmóvil, empezó a depilarse las cejas con unas pinzas oxidadas. Hizo muecas de dolor y lanzó ayes hasta dejar un fino arco. A continuación se dio un poquito de hamamelis con la esperanza de que el escozor se calmara. Después metió el cabello en agua tibia y limpia, en el viejo fregadero agrietado, le quitó la humedad con una toalla y se hizo la raya a la izquierda. Dieciocho años, así parecía mayor. Dedo corazón, peinar y alisar; dedo índice, ondular. Tres ondas a la izquierda, cinco a la derecha, cinco vueltas cada trenza de espiga en la espalda, rizos y una horquilla bien pegada a la cabeza, dejarlo secar.

Ada se estaba tomando su tiempo. Abrió el bolso y se puso a hurgar en él hasta que encontró la polvera, el colorete y el pintalabios. Sin pasarse, para no parecer vulgar, pero lo suficiente para que le diera un aspecto lozano y saludable, como esas jovencitas de la Liga Femenina de Salud y Belleza. Las había visto en Hyde Park con sus pantaloncitos negros y sus blusas blancas, y sabía que practicaban los sábados por la tarde en el patio de la escuela Henry Fawcett. Quizá se uniera a ellas. Estaba bien ser ágil y delgada, y el uniforme podía hacérselo ella misma. Después de todo ahora era modista y ganaba un buen dinero.

Unió los labios para extenderse el carmín, comprobó que las

ondas se mantenían en su sitio mientras se le secaba el pelo, y cogió el espejo y lo llevó al dormitorio. La falda de pata de gallo marrón de tablas invertidas y la blusa de color crema con el alfiler de esmalte en el cuello: resultaba elegante. Y el tweed era bueno, un retal de Isidore, el sastre de Hanover Square. Ada sólo tenía quince años cuando empezó a trabajar allí. Cielos, qué verde estaba entonces; recogía alfileres del suelo y barría restos de telas, llevaba las zapatillas grises por el jaboncillo y su chaqueta era de segunda mano y tenía las mangas demasiado largas. Su padre decía que la estaban explotando, que el capitalista gordiflón que llevaba el establecimiento era un negrero y que debía organizarse y defender sus derechos. Pero Isidore le abrió los ojos: le enseñó que el tejido vivía y respiraba, que tenía su personalidad y su propio carácter. La seda, decía, era terca; el linón, hosco. El estambre era duro; la franela, vaga. Le enseñó a cortar la tela de manera que no se frunciera ni se estropeará, le habló de bieses y de orillos. Le enseñó a sacar patrones y dónde marcar con jaboncillo e hilvanar. Le enseñó a utilizar la máquina de coser, los distintos hilos, a colocar las modernas cremalleras de forma que quedaran ocultas en la costura y a coser ojales y dobladillos. «En espiga, Ada, en espiga.» Las mujeres parecían maniquís. Era un mundo mágico. Cabello bonito y vestidos brillantes. Incluso bragas a medida. Isidore le enseñó ese mundo, y Ada lo quería para ella.

Aún no había llegado allí. Entre su madre, que le exigía una parte por mantenerla, el autobús que tenía que coger para ir a trabajar y el té que se tomaba en Lyons con las chicas el día de paga, cuando acababa la semana no le quedaba gran cosa.

«Y no te pienses que puedes venir a esta casa y ser la dueña y señora —dijo su madre a Ada, levantando un dedo manchado, los nudillos arrugados como un gusano viejo— sólo porque pagas.» Aun así, tenía que quitar el polvo y barrer y, ahora que sa-

bía cómo hacerlo, ocuparse también de confeccionar la ropa de la familia.

Ada sabía que esa vida de economías y lendreras y prendas usadas no era para ella. Se humedeció el índice y el pulgar, recogió las medias Bemberg con puntera y talón y se las puso, subiéndolas poco a poco —«procura no hacerles ningún enganchón»— de manera que la costura le quedara bien recta por detrás. La calidad se nota; las apariencias son importantes. Mientras su mejor ropa estuviese bien, nadie podría tocarla. Los labios apretados, la cabeza alta, «disculpe». Darse aires, y bien. Ada llegaría lejos, lo sabía, también sería alguien.

Apoyó el espejo en la chimenea y se peinó el pelo castaño. Se puso el sombrero, un casquete marrón de fieltro que le había confeccionado uno de los sombrereros en el trabajo, y se lo echó hacia delante y hacia un lado. A continuación se enfundó los nuevos escaarpines marrones y, tras poner el espejo en alto e inclinarlo, se retiró un tanto para ver el resultado: perfecto. A la moda. Pulcro.

Ada Vaughan salvó de un salto el umbral, aún húmedo de los restregones y el polvo de minio de esa mañana. El cielo era denso, los cañones de las chimeneas lanzaban bocanadas de hollín al aire. La hilera de casas recorría la calle entera, la carbonilla adherida a los característicos ladrillos amarillos y a los visillos marrones, que trataban de escapar por las ventanas abiertas con el viento trabado de la ciudad. Se tapó la nariz con la mano para que la inmundicia del Támesis y la ceniza de las fábricas de fundición de grasas no se le metieran por la nariz y dejaran mocos negros en los pañuelos que se había hecho, con las iniciales A. V. bordadas en una esquina.

Camina que te camina por Theed Street, las puertas de la calle abiertas, se podía ver el interior, unas casas respetables, limpias como una patena, un buen sitio; había que ser alguien para

poder arrendar una vivienda allí, decía siempre la madre de Ada. Alguien, ¡ja! Sus padres no reconocerían a uno de esos «alguien» aunque les diera un sopapo. Quienes eran alguien no vendían el *Daily Worker* a la puerta de Dalton los sábados por la mañana, ni rezaban el rosario hasta hacerse callos en los dedos. Quienes eran alguien no se hablaban a gritos o se pasaban días enfurruñados sin decir ni pío. Si Ada tuviera que elegir entre su madre y su padre, escogería sin dudarlo a él, a pesar de su genio y sus frustraciones. No quería ganar el cielo, sino la salvación aquí y ahora; un último empujón y el edificio de prejuicios y privilegios se derrumbaría y todos tendrían el mundo que Ada anhelaba. La salvación de su madre llegaría tras su muerte y una vida de sufrimiento y dolor. Los domingos, en la iglesia, Ada se preguntaba cómo alguien podía hacer de la miseria una religión.

Camina que te camina por delante del parque de bomberos y de los sacos terreros para emergencias que había apilados fuera. Pasó por el teatro Old Vic, donde había visto *Noche de Reyes* en un asiento para ella sola cuando tenía once años, embelesada con el lustroso vestuario de terciopelo, el olor de las bombillas y las mondas de naranja. Sabía, lo sabía, que en ese escenario, con su decorado pintado y sus luces artificiales, había un mundo tan real y vasto como el propio universo. Maquillaje y fantasía. Malvolio la hizo feliz, ya que, al igual que ella, ansiaba ser alguien. Siguió adelante, bajando por London Road, dando la vuelta a St. George's Cross y metiéndose en Borough Road. Su padre decía que iba a haber guerra antes de que acabara el año, y su madre cogía panfletos y los leía en alto: «Cuando oiga la sirena, mantenga la calma...».

Camina que te camina, Ada llegó al edificio y levantó la cabeza para ver las letras negras en relieve: INSTITUTO POLITÉCNICO DE BOROUGH. Jugueteó con el sombrero, abrió y cerró el bolso, se aseguró de que tenía las costuras rectas y subió la escalera. Le

sudaban las axilas y los muslos, un sudor provocado por los nervios, no la humedad limpia de cuando uno corría.

La puerta de la habitación 35 tenía cuatro paneles de cristal en la mitad superior. Ada miró por ellos: habían apartado las mesas a un lado, y seis mujeres formaban un semicírculo en el centro. Estaban de espaldas a la puerta y miraban a alguien que tenían delante. Ada no veía a quién. Se limpió la mano en la falda, abrió la puerta y entró en la sala.

Una mujer pechugona, con un collar de perlas y el cabello gris recogido en un moño, salió del semicírculo y abrió los brazos.

—¿Y usted es...?

Ada tragó saliva.

—Ada Vaughan.

—¡Desde el diafragma! —gritó la mujer—. ¿Cómo se llama?

Ada no sabía a qué se refería.

—Ada Vaughan. —La voz se le estrelló contra la lengua.

—¡¿Acaso somos un ratón?!

Ada se ruborizó. Se sentía pequeña, estúpida. Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—No, no —exclamó la señora—. No se vaya. —Ada se disponía a coger el pomo cuando la mujer le puso la mano sobre la suya—. Quédese, ya que ha venido hasta aquí.

Tenía la mano caliente y seca, y Ada vio que llevaba las uñas cuidadas y pintadas de rosa. La llevó con las demás y la situó en el centro del semicírculo.

—Soy la señorita Skinner. —Sus palabras resonaron claras, como una melodía, pensó Ada, o una paloma de cristal—. ¿Y usted?

La señorita Skinner estaba tiesa, toda pechos, aunque tenía la cintura fina. Ladeó la cabeza, el mentón adelantado.

—Dígalo con claridad. —Sonrió, asintió. Después de todo, su rostro era amable, aunque la voz fuese estricta—. Ar-ti-cu-lan-do.

—Ada Vaughan —repitió ella, con convicción.

—Puede que parezca un cisne —afirmó la señorita Skinner, dando un paso atrás—, pero si habla como un gorrión, ¿quién la tomará en serio? Bienvenida, señorita Vaughan.

Se puso las manos en la cintura. Ada supo que llevaba faja: ninguna mujer de su edad tenía una figura así sin ayuda. Cogió aire, «mmmmm», tamborileó con los dedos en la cavidad que se creó bajo las costillas y abrió la boca:

—Do, re, mi, fa, sol. —Sostuvo la última nota, lanzándola como la chimenea de un barco hasta que en el aire únicamente quedó un eco. A continuación relajó los hombros y soltó el resto del aire con fuerza.

«Son los pechos —pensó Ada—, seguro que guarda ahí el aire, los infla como si fuesen globos.» Nadie podía coger tanto aire, no era natural.

—Pónganse rectas. —La señorita Skinner dio un paso adelante—. Barbilla alta, trasero dentro. —Fue recorriendo el grupo, y al llegar a Ada le puso una mano en los riñones y con la otra le levantó la barbilla—. A menos que estemos rectas —la señorita Skinner echó los hombros atrás y enderezó el pecho—, no podremos proyectar. —Hacía vibrar las erres como unos platillos del Ejército de Salvación—. Y si no podemos proyectar —añadió la señorita Skinner—, no podremos pronunciar. —Se volvió hacia Ada—: Señorita Vaughan, ¿por qué desea aprender elocución?

Ada notó que el calor le subía por el cuello hasta las orejas, supo que se estaba poniendo roja. Abrió la boca, pero no pudo decirlo; la lengua se le dobló. «Quiero ser alguien.» La señorita Skinner asintió de todas formas: ya había visto a chicas como Ada. Ambiciosas.

—Cuando te vi tan elegante creí que eras una clienta —dijo la honorable señora Buckley. Que la tomaran por una clienta. «Vaya.» Sólo tenía dieciocho años cuando empezó allí, en septiembre. Ada aprendía de prisa.

La honorable señora Buckley se hacía llamar madame Duchamps. Caderona y alta, con las uñas pintadas y pendientes discretos, deslumbraba cuando decía cosas como *couture* y *atelier* y *París, ¡ah!* Hojeaba las páginas de la revista *Vogue* y confeccionaba vestidos de gala y de fiesta con rollos de seda y chenilla, que ponía y prendía con alfileres a esbeltas debutantes y a sus corpulentas carabinas.

Ada aprendió el oficio de la mano de Isidore, y a ser audaz, de la señora B., como la llamaban las demás chicas. Si Isidore era sabio, amable, divertido y genuino, a la señora B. la caracterizaban el ingenio y la astucia. Ada estaba segura de que la honorable señora Buckley no era ni honorable ni señora, y su compleción era tan falsa como su nombre, pero eso no la detenía. Lo que ella no supiera de la silueta femenina y de la caída de una tela no merecía figurar en ninguna parte.

La señora B. estaba por encima de Isidore. París: ésa era la ciudad que Ada quería conquistar. Llamaría a su casa de modas «Vaughan». Era un nombre sumamente elegante, como Worth o Chanel, pero con caché británico. Ésa era otra palabra que había aprendido de la señora B., «caché». Estilo y clase en uno.

—¿Dónde aprendió tanto francés, madame? —Las chicas siempre la llamaban «madame».

La señora B. les dedicó una sonrisa sagaz, ladeando la cabeza en el largo cuello.

—Aquí y allá —repuso—. Aquí y allá.

En favor de la señora B. había que decir que supo ver en Ada a una buena trabajadora y a una joven con ambición y talento. Como su dicción era buena, Ada pasó a tratar con la clientela, la

lozana maniqué del establecimiento de madame Duchamps, y las jóvenes damas de la alta sociedad empezaron a solicitarla para que ejerciera de modelo de su ropa, en lugar de la señora B., cuya constitución y talle aumentaban día a día.

—Mademoiselle —decía la señora B.—, póngase el vestido de noche.

—¿El de seda *douppioni*, madame?

Negro azulado con escote halter. Ada cimbrecaba las caderas y se paseaba por el lugar, se volvía para que la espalda al aire acaparase las miradas, y las clientas se maravillaban con la forma en que el tejido dibujaba su figura, sinuosa, y desplegaba la cola en abanico. Ada se volvía de nuevo y sonreía.

—Y ahora el de chiffon.

Velos de misterio y forro de tafetán, color hueso y perla y preciosos lustres. A Ada le encantaba ver cómo la transformaba la ropa. Podía ser fuego o agua, aire o tierra. Elemental. Veraz. Así era ella. Levantaba los brazos como para abrazar el cielo, y la tela ondeaba con la leve brisa; hacía una reverencia amplia y después desplegaba el cuerpo como una flor al abrirse, cada extremidad un pétalo sensual, ágil.

Era objeto de adoración, una escultura viva, una obra de arte. Y también una creadora. Sonreía y decía:

—Pero si le pone una pinza aquí o una tabla allá, *voilà*.

Con un gesto de sus largos y delicados dedos y ese nuevo, expresivo, *voilà*, Ada añadía su toque a uno de los modelos de la señora B. y lo hacía más moderno, más deseable. Ada sabía que la señora B. la consideraba valiosa, reconocía su talento y su buen gusto, su capacidad para atraer a las clientas y hechizarlas con una elocuencia natural, gracias a las sabias clases de la señorita Skinner.

—Si la corta al bias —decía Ada mientras le enseñaba a una clienta el largo del vestido en diagonal— ya ve cómo cae, como una diosa griega.

La tela de través por el pecho, un único hombro al aire surgiendo como una sirena de un mar de chiffon.

—*Non, non, non* —exclamaba la señora B. en señal de desaprobación, hablando en francés cuando Ada sobrepasaba los límites de la decencia—. Eso no, mademoiselle. No es para el *boudoir*, sino para un baile de etiqueta. Decoro, decoro.

Y a la clienta le decía:

—A la señorita Vaughan aún le falta experiencia, es algo ingenua en los aspectos más sutiles de la corrección social.

Ingenua tal vez, pero Ada era buena publicidad para madame Duchamps, *modiste*, de Dover Street, y Ada confiaba en que algún día llegaría a ser no sólo valiosa, sino también socia del negocio. Se había hecho con una clientela respetable. Su talento la distinguía, la fluidez y el equilibrio de sus creaciones la hacían sobresalir. Evocaba Hollywood y el glamuroso mundo de las estrellas, que llevaba a los salones cotidianos. Ada se convirtió en sus creaciones, un reclamo andante de ellas. El vestido de día de flores, el traje de chaqueta a medida, las uñas cuidadas y los sencillos escarpines, se sabía observada cuando salía de la tienda y bajaba sin prisas hacia el oeste, por Piccadilly, pasando delante del Ritz y de Green Park. Camina que te camina, la cabeza alta, fingiendo que vivía en Knightsbridge o Kensington, hasta que se sabía a salvo de miradas curiosas. Entonces se dirigía al sur por el puente de Westminster hasta Lambeth, dejando atrás a los pilluelos que, riendo tontamente, alzaban el mentón y la seguían tambaleándose sobre tacones imaginarios.

A finales de abril caía a raudales una lluvia negra que repique-teaba en los tejados de pizarra de Dover Street. Una lluvia torrencial salida de los océanos y liberada por los cielos se precipitaba de forma estrepitosa hacia la Tierra y se colaba por las

grietas del adoquinado, formaba oscuros ríos que corrían por los canalones y se arremolinaba en hondonadas en las aceras y en los patios de las altas casas estucadas. Rebotaba en los paraguas y en los oscuros sombreros de los transeúntes, empapaba las perneras de los pantalones bajo las gabardinas y se metía en la piel de los zapatos.

Ada echó mano del abrigo, de suave pelo de camello y con un cinturón para anudarlo, y del paraguas. Ese día tendría que enfrentarse al toro, girar a la izquierda de inmediato y coger al número 12 en Haymarket.

—Buenas noches, madame —le dijo a la señora B. Y, tras detenerse en el umbral, salió a la empapada calle. Caminó hacia Piccadilly, la cabeza baja, esquivando los charcos. Una ráfaga de viento se apoderó del paraguas y le dio la vuelta, le levantó los faldones del abrigo y arrancó empapados tentáculos a su pelo. Ada se puso a tirar de las varillas metálicas que se habían doblado.

—Permítame, por favor —dijo una voz masculina mientras un gran paraguas se situaba sobre la cabeza de Ada.

Al volverse, casi le rozó la cara al hombre, demasiado cerca sólo durante un instante, pero lo suficiente para que Ada se diese cuenta. Tenía un rostro delgado, resaltado por un bigotito recortado. Lucía unas gafas pequeñas y redondas, y tras ellas había unos ojos dulces y claros. «De un suave azul verdoso», pensó Ada, lo bastante etéreos para ver a través de ellos. La hicieron estremecer y la conmovieron. Él retrocedió.

—Le pido disculpas —añadió—. Sólo intentaba protegerla. Tome, sujete éste. —Le pasó su paraguas mientras cogía el de ella con la mano libre. Sonaba como si fuera del continente, pensó Ada; tenía un dejo sofisticado en el acento. Ada vio cómo devolvía la forma original al paraguas—. No ha quedado como nuevo —apuntó—, pero hoy le servirá. ¿Dónde vive? ¿Va lejos?

Ella fue a responder, pero las palabras se le enredaron en la lengua. Lambeth. «Lambeth.»

—No —contestó—. Gracias. Cogeré el autobús.

—Permítame que la acompañe hasta la parada.

Ada quería aceptar, pero tenía miedo de que él insistiera en saber dónde vivía. El número 12 iba a Dulwich. Bien. Podía decir Dulwich, era bastante respetable.

—Duda usted —sonrió—. Su madre le dijo que no se fuera nunca con desconocidos.

Ella agradeció la excusa. Su acento era formal, no era capaz de identificarlo.

—Tengo una idea mejor —continuó—. Estoy seguro de que a su madre le gustaría. —Señaló al otro lado de la carretera—: ¿Querría acompañarme, señorita? Un té en el Ritz. No podría ser más inglés.

¿Qué podía haber de malo en eso? Si sus intenciones no fueran buenas, no malgastaría dinero en el Ritz. Probablemente el salario de una semana. Y, después de todo, estarían en un sitio público.

—Es una invitación —afirmó—. Acéptela, se lo ruego.

Era educado, tenía modales.

—Y entretanto dejará de llover.

Ada se centró.

—¿Sí? ¿Usted cree? ¿Cómo lo sabe?

—Porque yo se lo ordeno —contestó. Y cerró los ojos, alzó el brazo con el paraguas y cerró y abrió el puño tres veces—. *Ein, zwei, drei.*

Ada no entendió nada, eran palabras extranjeras.

—¿*Dry*? ¿Seco? —dijo.

—Muy bien —la aplaudió—. Me gusta. Entonces, ¿acepta?

Era encantador. Imprevisible. Le agradaba esa palabra; la hacía sentir ligera y desenfadada. Era una palabra diáfana, como un velo de chiffon.

¿Por qué no? Ninguno de los muchachos a los que conocía la invitaría jamás al Ritz, ¡ni en sueños!

—Gracias. Me encantaría.

La cogió del codo para cruzar la calle y atravesaron los arcos iluminados del Ritz hasta el vestíbulo, con sus arañas de cristal y sus jardineras de porcelana. A Ada le entraron ganas de pararse a mirar, asimilarlo todo, pero él la llevaba a buen paso. Sentía que sus pies flotaban por la alfombra roja, dejando atrás inmensas ventanas drapeadas y engalanadas de terciopelo, columnas de mármol, y que se adentraban en una estancia de espejos y fuentes y curvas doradas.

Nunca había visto nada tan vasto, tan rico, tan brillante. Sonrió como si fuese algo que acostumbrase a ver a diario.

—¿Me permite el abrigo? —le preguntó un camarero con un traje negro y un delantal blanco.

—No hace falta —replicó Ada—. Me lo dejaré puesto. Está algo húmedo.

—¿Está segura? —insistió él.

Un calor pegajoso empezó a subirle por el cuello, y Ada supo que había metido la pata: en ese mundo uno les daba el abrigo a ayudas de cámara y a lacayos y a sirvientas.

—No —se corrigió atropelladamente—, tiene razón. Por favor, tome. Gracias.

Se sintió tentada de decirle que no lo perdiera; el hombre del mercado de Berwick Street había dicho que era de pelo de camello de verdad, aunque ella tenía sus dudas. Empezó a quitarse el abrigo, consciente de que el camarero del delantal la estaba ayudando, cogiéndolo con delicadeza. Consciente también de que el movimiento de los hombros había sido lento y elegante.

—¿Cómo se llama? —le preguntó el desconocido.

—Ada. Ada Vaughan. ¿Y usted?

—Stanislaus —le respondió—. Stanislaus von Lieben.

Extranjero. Nunca había conocido a ninguno. Era —pugnó por encontrar la palabra— exótico.

—Y, dígame, ¿de dónde es ese nombre?

—De Hungría —afirmó él—. Del Imperio austro-húngaro. Cuando era un imperio.

Ada sólo había oído hablar de dos imperios: el británico, que oprimía a los colonizados, y el romano, que mató a Jesucristo. Para ella era una sorpresa que existieran más.

—No le cuento a mucha gente esto —añadió, inclinándose hacia ella—, pero en mi país soy conde.

—Santo cielo. —Ada no pudo evitarlo. Conde—. ¿De veras? ¿Con castillo y todo? —Se dio cuenta enseguida de que había sonado vulgar. Quizá él no lo hubiera advertido, siendo extranjero.

—No —sonrió—. No todos los condes viven en un castillo. Algunos vivimos más modestamente.

Ada sabía que su traje era caro. Lana. Ciento por ciento, no le extrañaría. Gris. Bien confeccionado. Discreto.

—¿En qué idioma ha hablado antes, en la calle?

—En mi lengua materna —repuso—, alemán.

—¿Alemán? —Ada tragó saliva.

«No todos los alemanes son malos», era como si oyese decir a su padre. Rosa Luxemburgo; una mártir. Y los que plantaban cara a Hitler. Aun así, a su padre no le gustaría tener en casa a un germanoparlante. «Para, Ada.» Iba demasiado deprisa.

—¿Y usted? —inquirió él—. ¿Qué hacía en Dover Street?

Por un momento Ada se planteó decir que había ido a ver a su modista, pero cambió de opinión.

—Trabajo allí —admitió.

—Qué independiente —observó—. ¿Y en qué trabaja?

No le gustaba decir que era sastra, aunque se tratase de confecciones a medida, para damas, y no podía afirmar ser *modiste*,

como madame Duchamps, todavía no, de manera que dijo lo segundo mejor:

—A decir verdad soy maniquí. —«Y artista», quiso añadir.

Él se retrepó en la silla, y Ada fue consciente de que los ojos de él le recorrían el cuerpo como si fuese un paisaje que admirar o en el que perderse.

—Claro —dijo—. Claro. —Se sacó una pitillera de oro del bolsillo interior, la abrió y se inclinó hacia Ada—: ¿Quiere un cigarrillo?

No fumaba; no era tan sofisticada. Y no sabía qué hacer: no quería coger uno y acabar tosiendo. Sería demasiado humillante. Tomar el té en el Ritz estaba lleno de escollos, lleno de advertencias del camino que le quedaba por recorrer.

—Ahora no, gracias —respondió.

Dio unos golpecitos con el cigarrillo en la pitillera antes de encenderlo. Ella lo oyó inhalar y vio cómo expulsaba el humo por la nariz. Le gustaría poder hacer eso.

—¿Y dónde ejerce de maniquí?

Ada volvía a hallarse en terreno firme.

—En Madame Duchamps.

—Madame Duchamps. Claro.

—¿La conoce?

—Mi tía abuela era clienta suya. Falleció el año pasado. Quizá la conociera usted.

—No llevo allí mucho —reconoció—. ¿Cómo se llamaba?

Stanislaus se rio, y Ada reparó en que algo dorado le brillaba dentro de la boca.

—No sabría decirle —aseguró—. Se casó tantas veces que era incapaz de estar al día.

—Quizá fuese eso lo que la mató —aventuró ella—. Tantos matrimonios.

Sin duda, si tomaba por ejemplo a sus padres. Sabía lo que

pensarían de Stanislaus y su tía abuela. «Tienen la moralidad de una hiena.» Ahí tenías lo que era Alemania. Pero a Ada le intrigaba la idea. Una mujer, una mujer ligera de cascos. Era como si oliese su cuerpo perfumado, viera la languidez de sus gestos mientras se acercaba bailando y ronroneaba buscando afecto.

—Es usted divertida —alabó Stanislaus—. Eso me gusta.

Cuando salieron ya no llovía, pero había oscurecido.

—Debería acompañarla a casa —dijo él.

—No es necesario, en serio.

—Es lo menos que puede hacer un caballero.

—En otra ocasión —respondió Ada, y cayó en la cuenta de lo osado que sonaba—. No quería decir eso. Me refería a que antes tengo que ir a otra parte. No voy directa a casa.

Esperaba que no la siguiera.

—Pues en otra ocasión será —aceptó él—. ¿Le gustan los cócteles, Ada Vaughan? Porque el Café Royal está aquí al lado y es mi sitio preferido.

Cócteles. Ada tragó saliva. Ésas eran aguas profundas, pero aprendería a nadar y lo haría deprisa.

—Gracias —dijo—. Y gracias también por el té.

—Sé dónde trabaja —replicó él—. Tendrá noticias mías.

Entrechocó los tacones, se levantó el sombrero y dio media vuelta. Ella lo vio bajar por Piccadilly. Les diría a sus padres que se había quedado trabajando hasta tarde.

Martinis, damas rosa, julepes de menta. Ada acabó sintiéndose a sus anchas en el Café Royal y el Savoy, en el Smith's y en el Ritz. Compró rayón en el mercado a precio de mayorista y, después de trabajar con la señora B., se hacía algunos vestidos. Cortados

al bies, los baratos tejidos sintéticos resurgían como mariposas de una crisálida y conferían a Ada una elegancia vespertina. Guantes largos y un sombrero de cóctel. Ada destacaba en los establecimientos más elegantes de la ciudad.

—Le tiene sorbido el seso —le decía la señora B. todos los viernes, cuando Ada salía de trabajar y se reunía con Stanislaus. A la señora B. no le gustaba que acudieran caballeros a su establecimiento, no fueran a darle mala fama, pero veía que Stanislaus vestía bien y tenía clase, aunque fuera extranjero—. Así que tenga cuidado.

Ada hacía anillos de papel de plata y exhibía la mano izquierda ante el espejo cuando nadie miraba. Se veía como la esposa de Stanislaus, Ada von Lieben. El conde y la condesa Von Lieben.

—Confío en que sus intenciones sean buenas —decía la señora B.—, porque nunca he visto enamorarse a un caballero tan deprisa.

Ada se reía.

—¿Se puede saber quién es? —quiso saber su madre—. Si fuese un tipo decente, nos querría conocer a tu padre y a mí.

—Llego tarde, mamá —replicó Ada.

Su madre estaba en mitad del pasillo, impidiéndole el paso. Llevaba los calcetines viejos de su padre enrollados en los tobillos y tenía el andrajoso delantal manchado por delante.

—Ya es bastante malo que no llegues a casa en condiciones los viernes por la noche, pero ahora te ha dado por salir a mitad de semana. ¿Qué será lo siguiente?

—¿Por qué no iba a salir por la noche?

—Por la mala fama —contestó la madre de Ada—. Por eso. Será mejor que no intente nada. Ningún hombre quiere cosas usadas.

Apretando la boca con desdén, asintió como si conociera el mundo y sus pecaminosas costumbres.

«No sabes nada», pensó Ada.

—Por amor de Dios —espetó—. Él no es de éstos.

—Entonces, ¿por qué no lo traes a casa y dejas que seamos tu padre y yo quienes lo decidamos?

Él jamás habría puesto el pie en una pequeña casa adosada con dos habitaciones abajo y dos más arriba, que vibraba cuando pasaban los trenes, con una trascocina añadida a la parte de atrás y un retrete fuera. No entendería que ella tuviese que dormir en la misma cama con sus hermanas mientras sus hermanos lo hacían en colchones tirados en el suelo, al otro lado de la cortina divisoria que había improvisado su padre. No sabría qué hacer con todos esos críos correteando por todas partes. Su madre tenía la casa bastante limpia, pero había hollín pegado a los visillos y en los muebles, y a veces en verano había tantos bichos que tenían que salir a sentarse a la calle.

Ada era incapaz de imaginarlo allí, de ninguna manera.

—Tengo que irme —dijo—. La señora B. me descontará dinero de la paga.

Su madre resopló.

—Si volvieras a una hora decente, ahora no estarías así —comentó.

Ada pasó delante de su madre y salió a la calle.

—¡Espero que sepas lo que estás haciendo! —le gritó, para que la oyeran todos los vecinos.

Tuvo que ir corriendo a la parada de autobús, cogió el número 12 por los pelos. No le había dado tiempo a desayunar y le dolía la cabeza. La señora B. se preguntaría qué había pasado. Ada nunca había llegado tarde al trabajo, nunca se había tomado

tiempo libre. Pasó por Piccadilly a la carrera. Ese día de junio ya hacía calor. Sería otro día abrasador. La señora B. tendría que comprar un ventilador, refrescar la tienda para que no estuviesen prendiendo alfileres con las manos sudadas.

—Díselo, Ada —apuntó una de las chicas, una boba odiosa llamada Avril, de lo más corriente—. Estamos sudando como cerdas.

—Los cerdos sudan —aseveró Ada—. Los caballeros transpiran. Las damas resplandecen.

—Ya te pillo —repuso Avril, poniéndose un dedo bajo la nariz a modo de bigotito.

Que Avril fuese todo lo maliciosa que quisiera; a Ada le daba lo mismo. Probablemente estuviera celosa. «No te fíes nunca de una mujer», solía decir su madre. Pues sí, a ese respecto no se equivocaba: Ada nunca había conocido a una mujer de la que pudiera decir que era su mejor amiga.

El reloj de los grandes almacenes Fortnum's dio el cuarto de hora, y Ada echó a correr, pero una figura salió de la nada y le impidió el paso.

—Pensé que no ibas a llegar nunca. —Stanislaus se plantó en la acera delante de ella, los brazos abiertos como un ángel—. Estaba a punto de irme.

Ella profirió un grito, el gemido de sorpresa de un cachorrito: había ido a verla antes de que entrara a trabajar. Sabía que se estaba ruborizando, el calor le causaba un hormigueo en las mejillas. Se abanicó la cara con la mano, agradeciendo el aire fresco.

—Llego tarde al trabajo —repuso—. No me puedo parar a charlar.

—Pensé que podías cogerte el día libre —dijo—. Fingir que estás enferma o algo por el estilo.

—Si la señora B. llegara a enterarse, perdería mi empleo.

—Conseguirías otro —repuso él, encogiéndose de hombros.

Stanislaus no había tenido que trabajar nunca, no podía entender cuánto había luchado ella para llegar a donde estaba. Ada Vaughan, de Lambeth, trabajando con una *modiste*, en Mayfair—. ¿Cómo se va a enterar? —Stanislaus dio un paso adelante y, cogiéndole la barbilla, le rozó los labios con los suyos. El gesto, delicado como una pluma; los dedos, calientes y secos en su cara. Sin poder evitarlo, se inclinó hacia él como si fuese un imán y ella, sus delicadas limaduras—. Hace un día precioso, Ada. Demasiado bueno para estar encerrada. Tienes que vivir un poco. Es lo que siempre digo. —Las mejillas le olían a agua de colonia, un olor ácido, con un toque de limón—. De todas formas llegas tarde. ¿Qué más da?

La señora B. insistía mucho en la puntualidad: diez minutos tarde y descontaba medio día de salario. Ada no podía permitirse perder tanto dinero. Junto a Stanislaus, en la acera, había una cesta de picnic. Lo había planeado todo.

—¿Qué tenías en mente?

—Richmond Park —repuso—. Pasar allí el día.

El día entero. Solos ellos dos.

—¿Y qué le digo? —se preguntó Ada.

—Las muelas del juicio —propuso Stanislaus—. Esa excusa siempre es buena. Por eso hay tantos dentistas en Viena.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Es un mal de gente de postín.

Tenía que acordarse de eso: la gente de postín tenía muelas del juicio. Los que eran alguien tenían muelas del juicio.

—Bueno —vaciló—. Vale.

Ya se había quedado sin medio día de salario. De perdidos, al río.

—Ésta es mi Ada. —Cogió la cesta de picnic con una mano y pasó la otra por la cintura de Ada.

Nunca había estado en Richmond Park, pero no se lo podía decir. Él era sofisticado, había visto mundo. Podía tener a las mujeres que quisiera: bien educadas, de clase alta, mujeres como las debutantes a las que ella vestía y halagaba, y que mantenían a flote el negocio de la señora B. Ante ella se alzaban las puertas del parque, con sus ornadas lanzas. Más abajo, el río serpenteaba por un bosque verde exuberante hasta donde las lejanas colinas grisáceas de Berkshire se fundían en bloques perla y plata recortados contra el cielo. El sol ya estaba alto, sus cálidos rayos la abrazaban como si fuese la única persona del mundo, la única que importaba.

Entraron en el parque. Londres se extendía ante ellos, la catedral de San Pablo y la City, el centro financiero, eran vagas siluetas. El suelo estaba seco; los senderos, agrietados y desiguales. Vetustos robles con el tronco dañado y castaños con candelillas marchitas se erguían cual fuertes entre las matas de la pradera y los dentados y lozanos helechos. En el aire flotaba un aroma dulzón, empalagoso. Ada arrugó la nariz.

—Es el olor de los árboles haciendo el amor —apuntó Stanislaus.

Ada se llevó la mano a la boca. «Haciendo el amor.» Ninguna de las personas a las que conocía hablaba de eso. Quizá su madre tuviese razón: la había llevado allí por algo. Era rápido. Se rio.

—No lo sabías, ¿a que no? Los castaños tienen flores masculinas y femeninas. Supongo que las que desprenden ese olor son las femeninas. ¿Tú qué opinas?

Ada se encogió de hombros: mejor pasarlo por alto.

—Me gustan los castaños —continuó—. Castañas calientes en un día frío de invierno. No hay nada mejor.

—Sí. —Ahora se hallaba en terreno seguro—. A mí también me gustan. Los castaños de Indias, y demás.

Y demás. Vulgar.

—Esas castañas son distintas —señaló.

¿Cómo iba a saberlo Ada? Tenía muchas cosas que aprender. ¿Se habría dado él cuenta de lo ignorante que era? No lo daba a entender, era un caballero.

—Nos quedaremos aquí, junto al estanque.

Dejó la cesta en el suelo, sacó un mantel y lo sacudió, de manera que se llenó de aire como un cisne que levantara el vuelo antes de caer en la hierba. De haber sabido que tendría que sentarse en el suelo, se habría puesto el vestido de verano con la falda de vuelo, que daba de sobra para remeterla y que no enseñara nada. Se sentó, pegando las rodillas y doblando las piernas, y tiró del vestido tanto como pudo.

—Como una señorita —aprobó Stanislaus—. Claro que eso es lo que eres, Ada, toda una señorita. —Sirvió dos vasos de soda de jengibre, le pasó uno y se sentó—. Una bella señorita.

Nadie le había dicho nunca que era bella. Claro que nunca había estado con un muchacho. Muchacho. Stanislaus era un hombre. Maduro, experimentado. Pensó que tendría por lo menos treinta años. Quizá más. Se inclinó hacia delante y le ofreció a Ada un plato y una servilleta. ¡Una servilleta! En Theed Street nunca utilizaban esa clase de cosas. Sacó pollo «¡menudo lujo!», unos tomates y un salero y un pimentero minúsculos.

—*Bon appétit* —dijo risueño.

Ada no sabía cómo comer el pollo sin pringarse la cara de grasa. Todo aquello era nuevo para ella. Picnics. Comió con gran delicadeza, retirando trocitos de carne y llevándoselos a la boca.

—Mirarte es un placer —observó Stanislaus—. Recatada. Como una de esas modelos del *Vogue*.

Ada empezó a ruborizarse de nuevo. Se pasó la mano por el cuello, intentando apaciguar el color, confiando en que Stanislaus no se hubiese dado cuenta.

—Gracias —contestó.

—No —continuó él—. Lo digo en serio. La primera vez que te vi supe que tenías clase: tu aspecto, tu forma de comportarte, tu manera de vestir. Elegante. Original. Luego, cuando me constaste que confeccionabas tú misma la ropa..., en fin. Llegarás lejos, Ada, créeme.

Se apoyó en un codo, estiró las piernas y cogió una brizna de hierba y comenzó a pasarla por la desnuda pierna de Ada.

—¿Sabes cuál es tu sitio? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. La hierba le hacía cosquillas. Deseaba que volviera a tocarla, que le pasara el dedo por la piel, notar el roce de un beso.

—Tu sitio está en París. Te imagino allí, paseando por los bulevares, haciendo que la gente se vuelva para verte.

París. ¿Cómo lo había sabido Stanislaus? Casa de modas Vaughan. La señora B. decía que *maison* era «casa» en francés. *Maison Vaughan*.

—Me gustaría ir a París —aseguró Ada—. Ser una *modiste* de verdad. Una modista.

—Bueno, Ada —repuso él—. Me agradan las personas soñadoras. A ver qué podemos hacer.

Ada se mordió el labio y reprimió un grito de entusiasmo.

Él se sentó y apoyó los codos en las rodillas. Después levantó un brazo y señaló la espesura de helechos de la derecha.

—Mira —dijo en voz muy baja—. Un ciervo. Y es grande.

Ada siguió su mirada. Tardó un poco, pero lo divisó, la cabeza alzándose orgullosa por encima de los helechos, rematada por una cornamenta en ciernes.

—Les sale en primavera —contó—. Una punta por año. Ése tendrá una docena cuando acabe el verano.

—No lo sabía —admitió Ada.

—En esta época del año anda solo —prosiguió Stanislaus—.

Pero cuando llegue el otoño tendrá un harén. Luchará para quitarse de encima a los otros machos, para tener a todas las hembras para él solo.

—Eso no suena muy bien —afirmó ella—. A mí no me gustaría compartir a mi esposo.

Stanislaus la miró de soslayo, y ella supo que lo que había dicho era una tontería. Stanislaus, hombre de mundo, con su tía casada multitud de veces.

—Lo de menos son las hembras —puntualizó—. Lo importante son los machos. El más apto sobrevive, eso es lo importante.

Ada no supo qué quería decir.

—Las muelas del juicio —adujo Ada.

La señora B. enarcó una ceja pintada.

—¿Las muelas del juicio? —repitió—. No intente darme gato por liebre.

—No lo hago.

—No nací ayer —dijo la señora B.—. No fue usted la única que se escabulló. Bonito día de verano. He puesto de patitas en la calle a Abril.

Ada tragó saliva: no debió dejar que Stanislaus la convenciera. La señora B. la iba a echar. Se quedaría sin trabajo. ¿Cómo se lo diría a su madre? Tendría que encontrar otro empleo antes de que acabara el día. «Adivina qué, mamá. He cambiado de empleo. —Mentiría, claro estaba—. La señora B. no tenía bastante trabajo.»

—Sabía que iban a entrar encargos importantes. ¿Cómo suponía usted que me las iba a arreglar?

—Lo siento —se disculpó Ada. Se puso la mano en la mejilla, como lo había hecho Stanislaus, recordando la ternura y el frescor de su tacto. «Atente a la excusa»—. Tenía la cara hinchada. Me dolía mucho.

La señora B. carraspeó.

—Si hubiera sido cualquiera de las otras chicas, ahora mismo estaría en la calle. Dejaré que se quede sólo porque es buena y la necesito.

Ada bajó la mano.

—Gracias —repuso. Se relajó, aliviada—. Lo siento mucho. No era mi intención defraudarla. No volverá a pasar.

—Si vuelve a pasar, no tendrá una segunda oportunidad —aseguró la señora B.—. Y ahora, a trabajar.

Ada ya tenía la mano en el pomo, dispuesta a salir del despacho de la señora B., cuando oyó:

—Es usted muy buena, Ada —dijo la señora B. Ada se volvió hacia ella—. Es la joven con más talento que he conocido en mi vida. No desperdicie sus oportunidades por un hombre.

Ella tragó saliva y asintió.

—La próxima vez no seré tan tolerante —añadió la señora B.

—Gracias —repitió Ada, y sonrió.

Alargó sus delicados dedos, cogió un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Las piernas cruzadas como los cabos de una cuerda. Dio una calada, ladeó la cabeza, esbozó una sonrisa beatífica y vio cómo le salía el humo por la nariz. Se inclinó hacia delante y cogió su copa de martini. El Grill Room. Lujoso, asientos rojos, techos dorados. Miró a los espejos y vio su imagen y la de Stanislaus reflejadas un millar de veces. Se convirtieron en otros en la infinidad del espejo, un hombre con un traje elegante y una mujer con un vestido hollywoodiense de color cereza.

—Eres preciosa —afirmó él.

—¿De veras? —Ada esperaba parecer «circumspecta», otra palabra que había aprendido con la señora B.

—Podrías volver loco a un hombre.